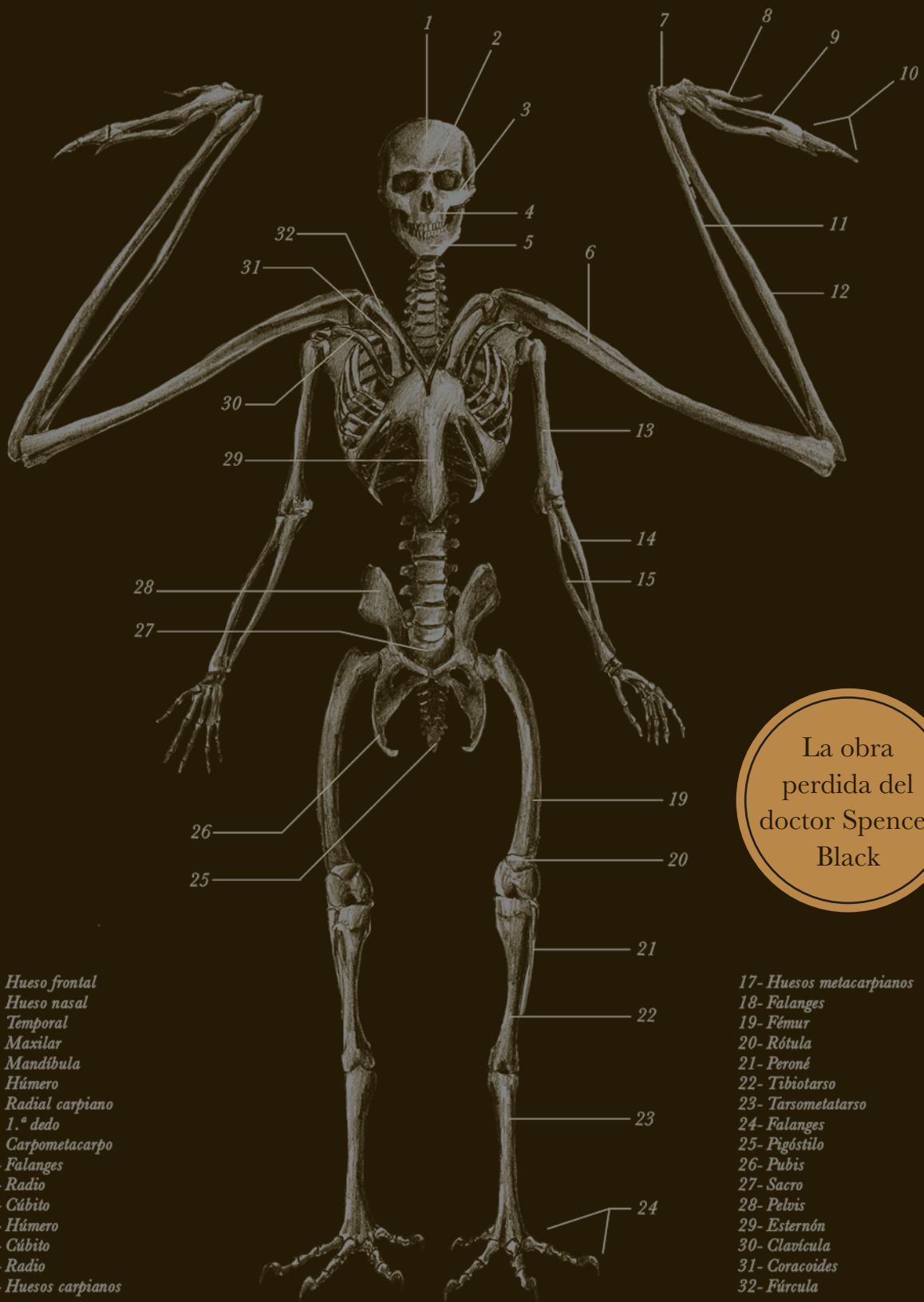


EL RESURRECCIONISTA



La obra
perdida del
doctor Spencer
Black

- 1- Hueso frontal
- 2- Hueso nasal
- 3- Temporal
- 4- Maxilar
- 5- Mandíbula
- 6- Húmero
- 7- Radial carpiano
- 8- 1.º dedo
- 9- Carpometacarpo
- 10- Falanges
- 11- Radio
- 12- Cúbito
- 13- Húmero
- 14- Cúbito
- 15- Radio
- 16- Huesos carpianos

- 17- Huesos metacarpianos
- 18- Falanges
- 19- Fémur
- 20- Rótula
- 21- Peroné
- 22- Tibiotarso
- 23- Tarsometatarso
- 24- Falanges
- 25- Pigóstilo
- 26- Pubis
- 27- Sacro
- 28- Pelvis
- 29- Esternón
- 30- Clavícula
- 31- Coracoides
- 32- Fúrcula

Por E.B. Hudspeth

EL RESURRECCIONISTA

LA OBRA PERDIDA
DEL DOCTOR
SPENCER BLACK



POR E. B. HUDSPETH

El resurreccionista

Título original: *The resurrectionist*

Copyright © 2013, Eric Hudspeth

© Traducción de Manuel Matas, 2024

All rights reserved. First published in English by Quirk Books, Philadelphia, Pennsylvania.

This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona – www.uklitag.com

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Diseño: Doogie Horner

Producción: John J. McGurk

Revisión: Dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1907-8

Depósito legal: B. 13.962-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

NOTA DEL EDITOR	7
-----------------	---

VIDA Y OBRAS DEL DOCTOR SPENCER BLACK

1851–1868: INFANCIA	11
1869: LA FACULTAD DE MEDICINA	15
1870: PABELLÓN C	22
1871–1877: MATRIMONIO Y TRANSFORMACIÓN	26
1878: EL NIÑO CERVATO	33
1879–1887: EL CARNAVAL NORTEAMERICANO	37
1888–1908: EL RENACIMIENTO DEL HOMBRE	50

EL CÓDICE DE ANIMALES EXTINTOS

SPHINX ALATUS	68
SIREN OCEANUS	78
SATYRUS HIRCINUS	90
MINOTAURUS ASTERION	98
GANESHA ORIENTIS	108
CHIMÆRA INCENDIARIUS	120
CANIS HADES	130
PEGASUS GORGONIS	140
DRACONIS ORIENTIS	152
CENTAURUS CABALLUS	164
HARPYA ERINYES	174

1851 - 1868

INFANCIA

*En la imaginación del niño que yo era, el colérico
brazo de Dios siempre estaba listo y presente.*

Spencer Black

El doctor Spencer Black y su hermano mayor, Bernard, nacieron en Boston, Massachusetts, en 1851 y 1848, respectivamente. Eran hijos del famoso cirujano Gregory Black. Su madre, Meredith Black, murió durante el parto de Spencer; su fallecimiento provocaría gran malestar a ambos niños a lo largo de su infancia.

Gregory Black era un respetado profesor de anatomía de la Facultad de Medicina de Boston. Llevaba a cabo disecciones para los estudiantes en una época en la que escaseaban los cadáveres, y los anatomistas dependían de ladrones de tumbas, *resurreccionistas*, para llevar a cabo sus investigaciones. El doctor había hecho que algunos de sus cadáveres favoritos, preservados, vestidos y colocados en posición erguida, se exhibieran en una macabra exposición antropomórfica en su propia oficina. Dado que era uno de los profesores más prestigiosos de la ciudad, con un número creciente de estudiantes cada año, su demanda de cadáveres superaba con creces la oferta pública. Fue uno de los principales compradores de cuerpos robados de la zona y también exhumó muchos otros cadáveres personalmente, con la ayuda de sus dos hijos pequeños. Spencer Black escribe largo y tendido sobre estas experiencias en sus diarios.

*No tenía más de 11 años cuando comenzó aquella ordalía.
La noche que recuerdo por encima de todas, me sacaron precipitadamente de la cama un poco después que a mi hermano, Bernard, mayor que yo por tres años. Siempre lo despertaban antes que a mí para que pudiese empezar a preparar el caballo y engancharlo al carro.*

Varias horas antes del amanecer, en medio de la noche fría, nos alejamos caminando de nuestra casa hasta llegar al río, donde

cruzamos un puente; más allá se extendía un camino a oscuras, lugar perfecto para entrar y salir del cementerio sin que nadie se percatase de nuestra presencia.

Íbamos todos en silencio, pues a ninguno habría convenido que nos descubriesen allí. Era una noche húmeda y desapacible: había llovido antes, y yo captaba el olor del agua fresca en el aire. Cruzamos el puente con lentitud. Recuerdo los marcados crujidos de las ruedas del carromato y mi temor a que sacaran de su sueño a los residentes de la zona y despertaran su curiosidad con solo un sonido brusco. Una película de vapor se desprendía de la piel de la vieja yegua. El vaho de su aliento resultaba reconfortante: aquella criatura inocente era nuestro cómplice. El estrecho arroyo bajo nuestros pies, demasiado oscuro como para verlo, discurría en silencio. Los sonidos que delataban nuestra lúgubre marcha quedaron enmudecidos en cuanto cruzamos el puente y entramos en la tierra cubierta de musgo que jalonaba el cementerio.

Una vez en el interior del perímetro, el estado de ánimo de mi padre se tornó menos sombrío y, con quedo entusiasmo, nos condujo hasta la nueva morada de una pobre alma fallecida recientemente. Nos llamaban resurreccionistas, ladrones de cadáveres.

Cuando yo era niño, no me dominaba la convicción contra la fe en Dios que siento ahora. Mi padre no era un hombre religioso, pero mis abuelos sí y se habían asegurado de que recibiese una rigurosa educación teológica. Sentía por tanto un gran temor ante lo que hacíamos en noches como aquella. De todos los terribles pecados que puede cometer un hombre, profanar los cuerpos de los muertos se me antojaba uno de los más atroces. En la imaginación del niño que yo era, el colérico brazo de Dios siempre estaba listo y presente. Y, sin embargo, temía más a mi padre de lo que temía al Señor.

Mi padre nos recordó que no había razón para sentir inquietud o miedo alguno. Siempre repetía aquellas cosas mientras excavábamos en la oscuridad de la noche, rodeados por el hedor cada vez más intenso de la descomposición de los cuerpos. Al poco tiempo llegamos al blando y húmedo ataúd de madera de Jasper Earl Werthy. Con un crujido de la madera, dejó escapar una nueva bocanada de repulsivo olor de muerte. Lancé la pala a un lado, agradecido al hecho de que fuese mi padre quien se encargara de arrancar los tablones de madera para extraer el cuerpo y nos librase así de aquella tarea. El rostro de Jasper era una máscara

*hundida de color gris; su piel parecía la de una naranja podrida.
Así fue como empecé a entender la profesión de mi padre.*

Poco después encontramos otra anotación del diario del doctor Black con un breve poema titulado «Una visión espantosa». El poema aparece inspirado en sus experiencias mientras robaba cadáveres de las tumbas.

Es la única obra de poesía que se ha encontrado entre los documentos del doctor Black y refleja un impulso creativo que se pone de manifiesto también en sus numerosas ilustraciones.

Una visión espantosa

*Fui a descansar una noche serena,
Al alba me esperaba una visión espantosa.
Mi amada había perdido la vida.
Y ahora debía descansar en un ataúd.
En la tierra, donde reinan la quietud y la calma
Descanse en paz hasta que el Señor la llame.
Iré a visitarla, a penar, a llorarla
Ay, se ha ido el cuerpo de mi amada.
Y no al cielo, adonde pertenece
Sino de la tumba a la mesa de operaciones.*

En invierno de 1868, el padre de Spencer Black, Gregory, murió de viruela, una enfermedad que, según algunos, le habría permitido curar su talento para la medicina de haber sabido que la había contraído. Poco después del funeral, Spencer anunció su decisión de convertirse en médico. En los escritos de Black se pone de manifiesto la idea de que la muerte es un concepto abstracto. A menudo la describe como «el fenómeno de los vivos» e incluso considera el fallecimiento de su propio padre como una curiosidad más que una tragedia.

*Mientras estaba allí tendido, y lo cubrían poco a poco de
terrones y arena, reinaba un silencio completo. Esperé largo rato.
Esperé a escuchar algo: una orden o una sugerencia, una provo-
cación que pudiera confirmar que su muerte me había arrebatado
algo, pero nada de esto se produjo.*

Bernard Black escribió un diario separado sobre su vida y su trabajo en las Ciencias Naturales hasta el momento de su desaparición, en 1908. Su esposa, Emma, publicó algu-

nos de sus escritos en un libro titulado *Un viaje con un naturalista norteamericano*. Esta anotación se escribió la misma semana que murió el patriarca de la familia:

En aquel momento, embargado por el intenso y pesado dolor que me había inspirado la muerte de nuestro padre, me di cuenta de que Spencer parecía, en cambio, exaltado. Saltó al interior de la tumba de mi padre con todo entusiasmo, como si lo persiguiese después de la muerte en busca de su escondrijo.

Tras la muerte de su padre, a finales de 1869, Spencer y Bernard se trasladaron a Filadelfia, dónde quedaron al cuidado de su tío Zacariah y su tía Isadore. Los costes del sepelio fueron considerables; Gregory había ahorrado algo de dinero para pagar su entierro, pero no el suficiente. Zacariah e Isadore pagaron la diferencia, una cantidad presumiblemente elevada, con sus ahorros. Por aquel entonces, como ahora, un entierro digno resultaba muy caro.

1869

LA FACULTAD DE MEDICINA

*La verdad es una mercancía que se distribuye en muy
raras ocasiones en estos tiempos empíricos.
¿Qué prueba se puede ofrecer de que el sol brilla por
sus dos caras? No puedo demostrarlo.
¿Significa eso que es falso?*
Sir Vincent Holmes, Biólogo y fundador
de la Academia de Medicina

Antes de trasladarse a Filadelfia, Bernard ya había cursado con éxito tres años en la Facultad de Medicina de Boston, y Spencer solo uno. Ambos jóvenes se matricularon en la de Filadelfia para continuar con sus estudios. Fue aquel año cuando Spencer comenzó a escribir su diario.

Septiembre de 1869

¡Qué gran milagro es la condición humana! He decidido poner por escrito el relato de mi vida, crónica de mis estudios y experiencias en la Facultad de Medicina de Filadelfia, una ciudad que no es la que me vio nacer. No fue decisión mía emprender una carrera como médico. Más bien es obra del destino, de Dios, del sino o de cualquier otra influencia humana.

Soy hijo de dos padres de buen talante y esmerada educación, ninguno de los cuales sigue con vida en la actualidad. Mi madre murió dándome a luz con la asistencia de mi padre. Él sostuvo mi vida en una mano mientras sostenía la muerte de mi madre en la otra. No hablaba con frecuencia de ella.

En el decimosexto año de mi existencia, la viruela me arrebató a mi padre. Tengo la certeza de haber lamentado la muerte de mi padre, pero no la lloré.

Mientras yacía en su ataúd, me asaltó la nítida idea de que no sería allí donde descansara. Su cuerpo envuelto en harapos sería sacado del hoyo por hombres desconocidos, con el rostro velado por la oscuridad y el hollín o las cenizas. Luego lo arrastrarían por la vereda y lo cargarían en un carromato. Pocos segundos después, con un chasquido de las riendas, el caballo se lo llevaría de allí. Mi padre era un médico y anatomista conocido y respetado. Pagó por muchos cadáveres para llevar a cabo sus investigaciones, y puede que ahora fuese el suyo el que serviría a la ciencia.

Cuando uno muere, no sube al cielo ni baja al infierno, sino que queda restaurado: libre de la enfermedad y curado del padecimiento de la mortalidad. Nuestra consciencia, nuestra percepción, no es sino un síntoma de nuestro cuerpo, un elemento secundario frente al misterio de nuestra química física. Es en este sincero servicio a la biología donde me comprometo a buscar la excelencia como especialista en medicina. El cuerpo entero es el alma, y mi bisturí corta profundamente. Juro mostrarme siempre reverente con el filo del escalpelo.

Spencer Black fue un excelente estudiante de la Facultad de Medicina. Tanto sus compañeros como sus profesores se dieron cuenta de que no tardaría mucho en convertirse en un brillante profesional de esta disciplina. Caracterizado por una seriedad y una inteligencia impropias de su edad, muy pronto se labró una reputación como uno de los prodigios más prometedores del país. Los intereses de Bernard eran muy distintos: había decidido centrar su trabajo en las Ciencias Naturales, los fósiles y la historia. Uno de los profesores más influyentes de Spencer fue Joseph Warren Denkel, un emigrante escocés que había estudiado en la Facultad de Medicina de Boston bajo la tutela del padre de Spencer. Posteriormente trabajó como cirujano militar durante la Guerra de Secesión, donde tuvo que realizar centenares de amputaciones, muchas de las cuales desembocaron en muertes por septicemia. En la Facultad de Medicina de Filadelfia se le tenía por un médico carismático, de carácter jocosos tanto con el personal como con los pacientes, con cierta propensión al juego y otros pasatiempos tumultuosos de naturaleza nocturna. Spencer Black y él se hicieron buenos amigos.

En aquella época, se estaban produciendo importantes y drásticos cambios en el campo de la medicina, no solo en Norteamérica, sino en todo el mundo. Los médicos empezaban a entender las bacterias y el papel que desempeñaban en las infecciones. Las técnicas sanitarias mejoraban con rapidez. La práctica de lavarse las manos o sumergirlas en ácido carbólico era cada vez más habitual, frente a creencias antiguas como que la sangre reseca en las manos del cirujano hacía una especie de barrera o que no existía correlación entre la higiene y las infecciones contraídas en las operaciones quirúrgicas. La invención de la

anestesia revolucionó la cirugía. Brindaba al cirujano más tiempo para llevar a cabo la operación sin tener que preocuparse por el dolor del paciente. Black no solo recibió estos avances con los brazos abiertos, sino que procuró contribuir a ellos con sus propias ideas.

Durante su primer año en la facultad, en 1869, comenzó a investigar las mutaciones del cuerpo, más concretamente las anormalidades físicas que se manifestaban de formas dramáticas, únicas e incluso mortales. Por desgracia, no era fácil estudiar a las personas que padecían este tipo de condiciones. A menudo, morían muy jóvenes, o no eran fáciles de encontrar, dado que no estaban a la vista del público. Gran parte de los primeros trabajos de Black revelan la influencia de sus experiencias en el Museo Grossemier del centro de Filadelfia. La colección de esta institución incluía el esqueleto tan famoso como peculiar de unos *parapagus dicephalus dibrachius* —gemelos unidos siameses—; los esqueletos se llamaban Ella y Emily. Las dos niñas habían muerto en el parto, y Spencer escribió el primer artículo publicado nunca sobre su desgraciada condición. Este trabajo recibió numerosas alabanzas, pero poca distribución. Como a la mayoría de los escritos de Black, se lo consideró menos relevante para el debate que los estudios sobre enfermedades infecciosas, prácticas quirúrgicas más eficientes o anestésicas de mejor calidad. De hecho, no fueron pocos los que pensaron que el joven médico perdía el tiempo investigando defectos de nacimiento. Black escribió sobre algunas de las frustraciones que padeció en aquella época:

Estoy enfrascado en cuerpo y alma en el estudio de la anatomía. Denkel me ayuda en esta labor, a pesar de que otros profesores han descrito mis esfuerzos como «Intereses innecesarios e infructuosos sobre las mutaciones del cuerpo». Él, o bien ignora estas opiniones o bien siente un interés genuino por mis investigaciones. Yo creo que lo segundo.

Todos damos por sentado el milagro de la vida, pero yo siento el máximo interés por comprender los defectos que pueden torcerlo. Con la ayuda de Denkel, estoy preparando otro artículo que se publicará en primavera. Tengo la seguridad de que resultará sumamente esclarecedor.

Spencer Black comenzó a tomarse en serio el arte de la ilustración durante su primer año en la facultad. No era en absoluto inusual que los médicos tomaran bocetos de sus notas y hallazgos, pero Black poseía un enorme talento para ello, y no tardó en encontrar trabajo como ilustrador de los estudios de otros investigadores, uno de ellos fue el famoso botánico y viajero Jean DeLain.

La colección de DeLain se guardaba en el atrio de la Universidad de Broadshire, al que Black acudía con frecuencia para estudiar. De hecho, seguiría trabajando ocasionalmente para DeLain durante muchos años, ilustrando centenares de especímenes a petición suya.



Tres de las plantas que ilustró Spencer Black para el botánico Jean DeLain son bien conocidas por sus propiedades características.

El *tejo europeo* da una semilla sumamente venenosa. El árbol puede vivir más de 2000 años; según algunos, hasta 9000. En determinados círculos espirituales se venera al tejo por su capacidad de trascender la muerte. Esta resiliencia ha llevado a muchas culturas a reverenciarlo como símbolo de renacimiento y vida eterna.

La *mirra* es el árbol del que se extrae la resina gomosa de color rojizo del mismo nombre; goza de fama entre los cristianos por haber sido uno de los tres regalos que llevaron los magos de Oriente al niño Jesús. Se trata de un incienso muy conocido que todavía hoy en día se utiliza por sus propiedades aromáticas y medicinales.

El *lirio del valle*, una especie extremadamente venenosa, se asocia a numerosas historias y leyendas. Existe la creencia de que la planta, conocida también como las lágrimas de la Virgen, brotó a partir de las lágrimas derramadas por María mientras lloraba durante la crucifixión de su hijo. Algunos creen que puede otorgar el poder de concebir un mundo mejor. Y también simboliza el retorno de la felicidad o el regreso de Jesucristo.



Figura 1. *Actias luna*. Polilla luna macho.

Figura 2. *Papilio machaon*. Mariposa de cola de golondrina.

Figura 3. *Parnassius apollo*. Mariposa Apolo (monte Apolo).

Figura 4. *Pomponia imperatoria*. Cigarra emperatriz.

Estoy haciendo grandes avances con mis ilustraciones. Qué descanso de las palabras y las lecciones. Soy capaz de estudiar, pensar y relajarme mucho mejor mientras procuro esmerarme en la soledad del dibujo.

Spencer Black escribió también sobre muchos de los insectos y las plantas que estudió en aquellas sesiones. Parecía especialmente interesado en los insectos que sufrían procesos de metamorfosis. El fenómeno de la transformación fascinaba al joven científico, que dibujaba con frecuencia cigarras y las mencionaba con regularidad tanto en sus diarios como en sus cartas.

22 de noviembre de 1869

Al llegar el verano, cuando las cigarras salen del suelo se transforman en un insecto alado, cantan su canción, se aparean, ponen sus huevos y, poco después, mueren. Las pupas salen de los huevos en los árboles y luego caen al suelo y se entierran profundamente en la tierra, donde viven durante más de una década.

Que evanescencia: brotar de la tierra después de tanto tiempo y luego transformarse para adquirir alas. Vuelven a nacer saliendo del útero de su propio cuerpo, que queda abandonado como un cascarón vacío y luego abandonan este mundo. Este tipo de metamorfosis —aunque no tan dramática como la de la mariposa o la de la polilla, visto de manera superficial— es, en mi opinión, una de las más significativas. Tras pasar tanto tiempo en la oscuridad, solo podemos vivir durante un breve lapso.

1 de diciembre de 1869

He comenzado a interesarme en un encargo distinto que me ha encomendado el profesor Jean DeLain. Necesita ilustraciones de una serie de pequeños y curiosos insectos para un libro que está preparando; los insectos que ha reunido, todos muertos, han sido cuidadosamente empaquetados y clavados con alfileres. Proceden de distintas partes del mundo: Guinea, el archipiélago malayo, África y Asia. Resulta fascinante estudiar las pequeñas diferencias que separan sus constituciones concretas. Apenas existen diferencias entre los hombres y los insectos, más allá de las maravillas orientadas en exclusiva a las respectivas funciones que desempeñan en la naturaleza.



Figura 1. Fase de pupa, poco después de salir de la tierra.

Figura 2. El insecto brota de su cascarón, renacido. Aún ha de esperar para adquirir toda su fuerza.

Figura 3. La cigarra, ya totalmente desarrollada, puede alejarse volando, cantar su canción y aparearse para dar comienzo al ciclo de nuevo.